

Concluida la Mision, salimos de aquel Puerto para el de Veracruz dia 2 de Noviembre, y estando ya á la vista de él (á últimos del mismo mes) se levantó un norte tan furioso, que obligó á poner la proa para la sonda de Campeche, y caminando hácia ella, sobrevino una desecha tempestad, que duró los dias 3 y 4 de Diciembre, y en la noche de este último, dándose todos por perdidos, no tenian mas recurso que disponerse para la muerte; pero nuestro Fr. Junípero se mantuvo en medio de tanta tempestad con tan inalterable paz y quietud de ánimo, como si desde luego se hallara en el dia mas sereno, de suerte, que preguntándole si tenia miedo, respondia, que algo sentia; pero que en haciendo memoria del fin de su venida á las Indias, se le quitaba luego. La misma fue su tranquilidad, quando en la misma noche nos avisaron se habia sublevado la tripulacion del Navio contra el Capitan y Pilotos, pidiendo ir á barar para que algunos se salvaran, pues ya ni el Barco podia aguantar, ni las bombas eran suficientes para agotar la mucha agua que hacia. De estos peligros nos libró Dios por intercesion de la gloriosa Virgen y Martir Santa Bárbara, que en aquel dia celebra anualmente la Iglesia; pues habiendo todos los Religiosos que veniamos de las dos Misiones puesto en una cédula el Santo de su devocion, y uno de los nuestros en la suya á la expresada Santa Bárbara, salió sorteadada por Patrona, y clamando todos á una voz: *Viva Santa Bárbara*, cesó en aquel mismo instante la tempestad, y el viento adverso se mudó tan benigno, que dentro de dos dias, y en el sexto de Diciembre, dimos fondo en Veracruz, y el siguiente, vispera de la Purísima Concepcion de Ntra. Señora, desembarcamos sin novedad.

CAPITULO IV.

Viage que á pie hizo el V. Padre desde Veracruz hasta México.

Luego que llegaron á tierra nuestra Mision, y la de los RR. PP. Dominicos, se celebró por ambas una solemne fiesta á nuestra gloriosa Protectora Santa Bárbara, en prueba de nuestro reconocimiento, y para cumplir la promesa que en la mayor affixion se le hizo. En esta funcion predicó nuestro V. Fr. Junípero, haciendo cumplida narracion de las mas leves circunstancias, y casuales accidentes ocurridos en el dilatado viage de noventa y nueve dias; pero con tanta perfeccion y eloqüencia, que dexando asombrados á todos, adquirió sobre la fama de exemplar (que ya tenia) la de muy docto y humilde, pues hasta entonces no se habia conocido ni lo mas mínimo de sus grandes talentos.

Reconocido el temperamento de Vera-Cruz tan achacoso (como yo experimenté prontamente, por haberme visto á la muerte) se trató luego de la salida para México, para cuyo viage, que es de cien Leguas, costea el Rey á los Religiosos el carruage y demás necesario, en atencion á que la navegacion tan dilatada, y repentina mudanza de clima, no dan lugar á hacerlo á pie, sino á caballo, y con alguna comodidad. Pero nuestro exemplar Junípero, deseando hacerlo sin descanso alguno, pidió al R. P. Presidente le permitiese caminar á pie, supuesto que se hallaba con salud y fuerzas para ello; y conociendo éste el fervoso espíritu de aquel, le dió licencia, y juntamente á otro Misionero de la Provincia de Andalucía, que tambien la solicitaba: salieron ambos de este modo, sin mas guia ni viático que el Breviario, y su firme confianza en la Divina Providencia; pero habiendo escogido la mejor Arca, lexos dé faltarles nada en el camino, experimentaron visiblemente la singular asistencia del Todopoderoso.

En una de las jornadas, que fue mas larga de lo que

pensaban (después de muy entrada ya la noche) llegaron á la orilla de un Río, que según les habían noticiado, tenían que pasar antes de llegar al Pueblo donde habían de parar: reconocieron luego lo crecido que era, y el peligro que amenazaba á quien intentase pasarlo sin conocimiento del único vado que tenía. Estos motivos, lo tenebroso de la noche, y la absoluta falta de quien les enseñase el vado, fueron la rémora que detuvo á nuestros caminantes para entrar en el agua, y esperando del Cielo el socorro de aquella necesidad, se pusieron á rezar la Benedicta á nuestra Señora; concuyeronla, y luego les pareció que miraban (al lado opuesto) un bulto que se movía; pero para cerciorarse Fr. Junípero, de si era cierto, ó no, dixo en voz alta estas palabras: » Ave Maria » Santísima: ¿Hay algún Christiano á la otra vanda del Río? » Respondieronle que sí, y que qué se ofrecía? Dixerón que deseaban pasar el Río, y no sabían el vado; y diciendoles que subiesen por la orilla, hasta que les avisase, caminaron un gran trecho, y luego, la guía (que no veían) les dixo: que ya podían pasar: hicieronlo sin peligro alguno, y hallaron al que les hablaba, que era un hombre Español, bien vestido, muy atento, y de pocas palabras, el qual los llevó para su casa, sita á gran distancia del Río, les dió de cenar, y camas en que dormir; pero quando por la mañana salieron de la casa para la Iglesia á decir Misa, y en todo el camino no pisaron más que hielo, por el mucho que aquella noche había caído, desde luego conocieron el beneficio tan grande que Dios les había hecho de proporcionarles abrigo por medio de aquel bienhechor, pues sin él, hubieran perecido al inclemente rigor del frío.

El haber hallado á este hombre en aquel lugar á una hora tan intempestiva, y en noche tan obscura, no pudo menos que causar admiración á ambos Padres; pero habiendole preguntado el motivo de hallarse tan apartado de su casa á aquella hora, les respondió que había salido á diligencia, con lo qual no quisieron ser mas curiosos. Todo esto pudo ser casualidad; pero no lo atribuyeron nuestros Peregrinos sino á

á singular beneficio de Maria Santísima, á quien en reconocimiento dieron las debidas gracias; y habiendolo hecho asimismo á su bienhechor, y despedidose de él, siguieron su camino.

Habian andado ya un gran trecho, y hallabanse sumamente fatigados del cansancio, y no menos molestados de los ardores del Sol, quando un hombre que encontraron á cavallo, después de saludarlos, y preguntarles donde iban á parar, les dixo: » VV. RR. vendrán cansados y sedientos, » tomen una granada, y los refrescará algo. » Dió á cada uno una granada, y habiendose despedido siguió él su camino, y los Padres el suyo: Comieron estos aquella pequeña fruta, la que no solamente los refrescó y apagó la sed que padecían, sino que les dió fuerzas para seguir su jornada sin demasiada fatiga hasta la Hacienda donde iban á parar, y habiendo sentido este efecto, hicieron reflexión sobre el sugeto que los había regalado, pues por su aspecto y modo de hablar, les pareció ser el mismo que la noche antecedente les había enseñado el vado del Río, y hospedado en su casa.

Varias veces hizo mencion de estos casos el V. P. Junípero para exhortar á la confianza en la Divina Providencia, y decía, que aquel bienhechor ó fué el Patriarca Señor San Joseph, ó algún devoto hombre, á quien este Santo tocó el corazón para que les hiciera estas obras de caridad.

Otro suceso semejante á los referidos les aconteció en la siguiente jornada: Habian hecho noche en una Hacienda, y por la mañana después de haber uno dicho Misa, se despidieron del dueño ó Administrador, quien por si llegasen tarde á la posada les dió una torta de pan: pusieronse en camino, y á poco rato encontraron un Pobre, que les pidió una limosna: dieronle lo único que tenían, que era aquel pan, confiados en que llegarían temprano al lugar donde habían de parar, y que en caso contrario, no les faltaría la Divina Providencia: así lo vieron cumplido, pues habiendoseles hecho larga la jornada (por el mucho cansancio y necesidad que sentían) se sentaron á descansar un rato en el

camino: Pasó por él un hombre á caballo, quien viendo á los Padres allí, despues de saludarlos y preguntarles donde iban á posar, sacó un pan, y partiendolo dió la mitad de él á cada uno, considerando les faltaba mucho que andar: El se fué á su camino, y nuestros Peregrinos, habiendo recibido su limosna y visto aquel pan, no se atrevian á comerlo, porque (como me contaron) les pareció que era de solo maiz, mal amasado, y crudo, por cuyo motivo les podría hacer daño; pero la flaqueza que padecian, y necesidad de tomar algun sustento para poder andar, les obligó á probarlo, y habiendolo hecho, les pareció un pan sabrosísimo y de gusto extraordinario, como si estuviera amasado con queso: Comieronlo, y se reforzaron para seguir su camino hasta completar la jornada de aquel dia.

Continuaron despues su viage, y con la fatiga de él, se hincharon los pies al V. P. Junípero, de suerte que llegó á una Hacienda sin poderse tener; atribuyeronlo á picadas de zancudos, por la mucha comezon que sentia, y habiendo descansado allí un dia, quando estaba durmiendo aquella noche sin sentirlo se estregó demasadamente un pie, que á la mañana le amaneció ensangrentado todo, con cuyo motivo se le hizo una llaga (que como despues veremos) le duró toda la vida. No obstante este accidente, despues de haber descansado un dia prosiguieron su camino, y la tarde del último dia de Diciembre del año de 1749. llegaron al Santuario de Nra. Sra. de Guadalupe; allí pasaron la noche y habiendo la mañana siguiente dicho Misa de gracias á la gran Señora, se fueron para el Colegio de San Fernando, que dista una legua escasa.

CAPITULO V.

Llega el V. P. al Colegio de S. Fernando, y lo que practicó en él hasta la salida para las Misiones de Infieles.

ENtró en el Apostólico Colegio de S. Fernando de México su nuevo alumno el V. P. Fr. Junípero Serra el dia primero de Enero del año de 1750, como á las nueve de la

la mañana, y tiempo en que la Comunidad se ocupaba en el rezo. Pasó inmediatamente á la Iglesia á tomar primero la bendicion del Señor Sacramentado, y habiendose detenido allí el tiempo que tardaron los Religiosos en rezar, salió lleno de júbilo diciendo al Compañero: » Padre, verdaderamente podemos dar por bien empleado el venir de tan lexos con los trabajos que se han ofrecido, solo por lograr la dicha de ser miembros de una Comunidad, que con tanta pausa y devocion paga la deuda del Oficio Divino. » Entraron luego al Colegio, y tomaron la bendicion al R. P. Guardian, quien los recibió con abrazo de amoroso Padre, y lo mismo hicieron los demás Religiosos: Uno de ellos, que fué de los primeros Fundadores del Colegio y muy venerable en él, al abrazar á nuestro P. Lector le dixo estas palabras: » Oh quien nos traxera una selva de Juníperos » Pero el humildísimo Varon le respondió: » No de estos, R. Padre, » pedia nuestro Seráfico Patriarca, sino de otros muy diferentes. »

El dia siguiente de la llegada al Colegio, pidió al R. P. Guardian le señalase Confesor, y le señaló al que entonces era Maestro de Novicios, el V. P. Fr. Bernardo Pumeda, Misionero de mucha fama que habia sido quando se hallaba en España en el Colegio de Sahagun, y á la presente lo era en el Reyno, y gran Maestro en la Mistica especulativa y práctica. Luego que oyó que el R. P. Guardian le nombraba por Director al P. Maestro de Novicios dixo: » La acertó el Prelado, esto es lo que necesito, hacer el Noviciado » y muy gozoso y fervoroso se fué á presentar al P. Maestro, y con toda sumision le dixo lo determinado por el P. Guardian; y que por amor de Dios le suplicaba lo admitiese como al menor de los Novicios, y tuviese á bien dexarlo vivir en una de las Celditas del Noviciado. Respondióle el prudente Maestro: que con mucho gusto lo admitia por hijo espiritual, respecto á disponerlo asi el Prelado; pero que S. R. se habia de sujetar á su doctrina; y asi, que lo que pedia de vivir en el Noviciado era una novedad no practicada en los

Co-